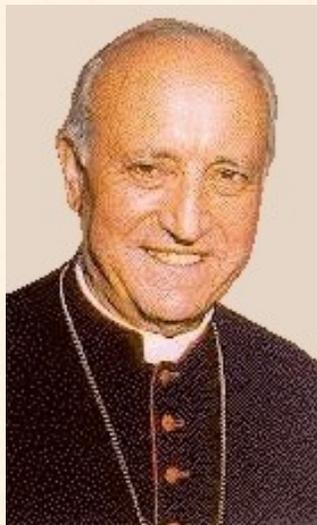


Escuela y familia

Publicada en «Paraula-Iglesia en Valencia» el 6 de julio de 2003



Las personas consagradas y su misión en la escuela es un documento de la Santa Sede, cuya lectura resulta muy aconsejable para todos los profesionales de la educación y su difusión puede contribuir a que la sociedad entienda mejor por qué los cristianos damos tanta importancia, desde siempre, a la educación.

La escuela debe estructurarse como **«lugar de encuentro, de escucha, de comunicación, donde los alumnos y las alumnas perciban los valores de manera vital»**. Los valores se viven, en primer lugar, a través del testimonio personal y comunitario. Pero no basta con ello. Es necesaria, además, la coherencia entre las actitudes personales y los contenidos docentes, a través de una reflexión crítica que permita **«orientar las opciones pedagógicas, de tal modo que se favorezca la superación del protagonismo individualista, la solidaridad frente a la competición, la ayuda al débil frente a la marginación, la participación responsable frente al desinterés»**.

Aprender a vivir para los demás es una tarea que afecta a lo más profundo del corazón humano.

Para poderlo hacer con autenticidad necesitamos reconocer nuestra verdad como seres familiares: nadie es un producto de una generación espontánea, todos somos hijos y herederos de la gran familia humana a través de nuestra familia concreta. Somos quienes somos porque nuestra identidad incluye toda una red de relaciones familiares.

Entre la comunidad educativa y los padres ha de establecerse una relación de generoso enriquecimiento. Para que esto sea posible, se necesitan cauces para que los padres participen en la comunidad educativa, como son los organismos de participación, las asociaciones, los encuentros, las escuelas de padres y tantos otros que con creatividad hay que buscar.

Las dificultades en las que hoy vivimos hacen más urgente que se cuide y promueva la familia. La experiencia permite reconocer que **«cuando el plan original de Dios para la familia se oscurece en las conciencias, la sociedad recibe un daño incalculable y resulta dañado el derecho de los hijos a vivir en un contexto de amor plenamente humano»**. Toda escuela ha de ser garante de los derechos de sus alumnos y debe contribuir a favorecer la cultura familiar para bien de esos mismos niños y niñas, adolescentes o jóvenes.

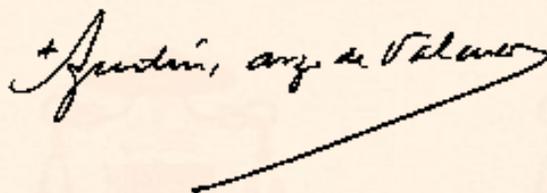
La verdad de la familia «no atañe sólo a los creyentes, sino que es patrimonio de la humanidad, inscrita en el corazón del hombre». La escuela puede ayudar a potenciar la cultura familiar, ya que **«la posibilidad de contacto con las familias de los niños y jóvenes alumnos es ocasión propicia para profundizar con ellos temáticas significativas relativas a la vida, al amor humano y a la naturaleza de la familia y para dar razón de la visión propuesta»**, como contrapartida a otras visiones, hoy en día extendidas y que

carecen de una comprensión adecuada del bien familiar.

Educarse en dar, en compartir, en salir de uno mismo, en erradicar el egoísmo malsano del corazón es tarea propia de la colaboración entre familia y escuela. Los maestros, con frecuencia, suspiran por una educación familiar que fomente en sus alumnos el deseo de crecer y desarrollarse íntegramente como personas. Los padres necesitan de comunidades escolares auténticamente humanistas, que continúen y completen su labor.

La Iglesia en Valencia, bendecida por Juan Pablo II con la sección española del *Pontificio Instituto Juan Pablo II para estudios sobre el matrimonio y la familia*, y con el encargo de organizar el *Encuentro Mundial de las Familias de 2006*, tiene un hermoso reto: movilizar la pastoral familiar, educativa y universitaria para que nuestra sociedad compruebe los beneficios de la armonía entre familia y escuela.

Con mi bendición y afecto,



Agustín, arz. de Valencia

[Regresar](#)